



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE HIDALGO



ESCUELA PREPARATORIA NÚMERO CUATRO

**Asignatura:
Comunicación**

**Presenta:
Eva contra Eva**



EVA CONTRA EVA: La crisis del imaginario colectivo

MEH. Leticia Bárcena Díaz

Académico Escuela Preparatoria Número Cuatro

Resumen

Tradicionalmente se considera que las mujeres conforman una subcultura dentro de un sistema hegemónico patriarcal, sin embargo las relaciones intra género no están libres de fracturas que mueven a la observación y el análisis a fin de poder definir las complejas dinámicas de poder que se desencadenan dentro del mismo género. Generalmente la agresión, exclusión y discriminación contra la mujer se estudia en el contexto de la competencia entre hombres y mujeres, sin poner demasiada atención a las relaciones de auto descalificación, rivalidad, agresividad, desconfianza o discriminación que se producen entre nosotras mismas. De ahí que los procesos de aculturación feminista que conducen a construir nuestra memoria exigen desmontar la misoginia en la cultura y la subjetividad de cada mujer, para valorar realmente a las mujeres y a lo femenino. Sólo entonces será posible desarrollar una auténtica solidaridad de género, único camino para alcanzar tanto el respeto individual como el colectivo.

Abstract

Traditionally, women are considered a subculture within a supreme patriarchal system, nevertheless, intra-gender relations are not free of flaws which require observation and analysis in order to define and understand the complex dynamics of power that occur therein.

Generally, aggression, exclusion, and discrimination against women are studied in the context of the competition between men and women without paying too much attention to the demeaning, rivalry, aggressiveness, distrust, and/or discrimination happening between women themselves.

Hence that the processes of reception and assimilation of feminist cultural elements which lead to the construction of our memory demand that aversion to women is eradicated from our culture and subjectivity from each and every woman so as to appreciate the worthiness of women and that which is feminine.

Only then will it be possible to develop a true gender solidarity, which, I think, is the only way to obtain individual and collective respect.

Introducción

En marzo del 2010 con motivo del día internacional de la mujer, el presidente de Bolivia Evo Morales declaró:

“El tema de la participación de la mujer, el respeto del derecho de la mujer, no sólo es una cuestión de normas, eso depende de ustedes, compañeras. Y algunos problemas que enfrenté personalmente, hay dos problemas grandes dentro de la mujer, no sé si en muchas o en pocas: la misma mujer es machista, de eso no me echen la culpa a mí, con mucho respeto, en su día, que la mujer es enemiga de la misma mujer”. Mas adelante expuso que la participación de las mujeres en espacios de decisión debería superar incluso el 50 por ciento siempre y cuando demuestren capacidad, lo cual —en su perspectiva— aún no se advierte pues las mujeres en su partido declinaron cargos porque pudieron haber dicho que no se sentían capaces.

Este controversial personaje nuevamente polarizó opiniones, sin embargo tocó puntos que deben movernos al análisis y a la confrontación respecto a la actitud que mostramos ante nuestras compañeras de género y ante nosotras mismas a fin de definir que peso tiene en nuestro imaginario cultural la autolimitación, la descalificación, la agresión y la rivalidad.

En la primera década del siglo XXI observamos en el ámbito de México y Latinoamérica una escasa participación de la mujer en las altas esferas de decisión. Esta situación nos extraña por que la mujer representa demográficamente más de la mitad de la población, además de que es cada vez mayor el número de egresadas de licenciaturas y posgrados que superan en número y promedios académicos a sus compañeros varones. También nos decepciona y afrenta, y por ello embestimos inmediatamente en contra del género contrario como culpable de bloquear, descalificar, discriminar y limitar el ascenso de las mujeres.

Sin embargo debemos en un ejercicio serio de reflexión y de conciencia aceptar que hay otro rival a vencer, que se mueve entre las sombras del inconsciente público y que es difícil de descubrir por que se filtra maliciosa y ocultamente en el disimulo, el bloqueo, los rumores y las verdades manipuladas. Este rival a vencer es Eva contra Eva, la mujer contrapuesta consigo misma y con sus compañeras de género, victimizada por un imaginario colectivo heredado por la tradición y por ello difícil de desterrar.

Subjetividad Femenina

En el siglo XIX Sigmund Freud, padre del psicoanálisis, para identificar las personalidades que definían a cada género propone cadenas de evidencias ideológicas: masculino-fuerte-intrusivo-activo-cielo frente a femenino-débil-receptivo-pasivo-tierra. También se integran las funciones sociales asociadas, por ejemplo masculino-público/femenino-privado, masculino-calle/ femenino-casa; masculino-mundo-laboral/femenino-mundo-doméstico. En esta acepción se establece la relación simbólica entre padre-lenguaje-razón y madre-silencio-sentimiento, imagen corporal la asociación simbólica de madre-corazón/padre-cabeza. (Aguado, 2001:168).

Estas convenciones culturales asignadas a cada género se desprenden de la división sexual del trabajo, que ha asignado roles de acuerdo a patrones relacionados con la condición socio económica y por estructuras de poder como la religión. Estas contienen y tramitan simbologías que se vuelven lente por el cual las mujeres nos miramos, comparamos y valoramos, con ellos figuramos nuestros espacios, roles y características particulares de ser en el mundo. Estos contextos se complejizan además con la imagen de estabilidad que se legitima al lado de la figura masculina, produciendo relaciones de rivalidad entre mujeres (Escobar,2006:239)

En el siglo XX y en lo que va del XXI se han transformado los referentes ideológico-culturales masculino/femenino que han revolucionado las ideologías asociadas como lo público y lo privado; lo laboral y lo doméstico. Esta verdadera revolución más o menos silenciosa ha replanteado en la sociedad occidental la relación hombre/ mujer. Esta relación altera el tejido social; y nuestra generación es testigo de una transformación a largo plazo que apenas está empezando.

En nuestra infancia construimos nuestra identidad de género a partir de modelos que son nuestros padres. Es decir, los vínculos entre padres e hijos son la “matriz” en la que se realiza ese proceso culturalmente determinado de la construcción de la identidad de género. La generación de mujeres entre 30 y 40 años nos formamos dentro de los patrones tradicionales de género: femenino-débil-receptivo-pasivo-tierra-privado-casa, una identidad que choca con las expectativas económicas-laborales actuales, en las que el papel tradicional de masculino-proveedor, femenino-cuidador se ha transformado de manera definitiva, al convertirse la mujer en un agente económico activo. Estos cambios van

ajustando los roles aunque a menudo lo que sucede es que la mujer lleva un doble rol: en el trabajo es pro-activa y en casa regresa al rol pasivo tradicional. Esto no solo las agota y desgasta físicamente, sino que también implica un duelo de conciencia cargando de culpas, cuestionamientos personales e insatisfacción, pues al ejercer un doble papel no poderlos cumplir cabalmente los dos, y en la medida en que se fortalece uno queda desprotegido el otro. Algunas mujeres enfrentan el reto enfocando toda su voluntad y fuerza a su desarrollo profesional-laboral, provocando no solo la censura pública sino también la propia por “descuidar lo verdaderamente importante”, por ello la mayoría nos “protegemos del éxito” detrás de una barrera invisible con la que autolimitamos nuestro crecimiento laboral para priorizar nuestro papel de cuidadoras y principales responsables del bienestar familiar.

Liberarnos de esta carga extenuante no puede darse de la noche a la mañana, debido a que “la cultura tiene tiempos largos, es un dispositivo que todavía opera en la sociedad moderna, aunque ha ido perdiendo peso en amplios sectores sociales, no podemos aún anunciar su enterramiento porque se ha resignificado adecuándose a las nuevas necesidades del capital”. (Braunstein,2001:174). Es por ello necesario un reacomodo de sentidos y significados de las cualidades de identidad para cada género.

Los patrones culturales de dominio masculino generan que “la mayoría de las mujeres aprenden primero antifeminismo dogmático y desarrolla prejuicios, rechazo, hostilidad y temor ante el feminismo. Por eso, es común que algunas desvaloricen a otras y en general a lo femenino (Lagarde,2009:23). Esta cosmovisión patriarcal está instalada en la cultura y en la subjetividad de cada mujer en grados variados. Sin embargo, las mujeres, objeto de misoginia, no aceptamos ni enfrentamos nuestra subjetividad misógina o inventamos cauces excluyentes respecto a nosotras mismas y a las demás.

“Nuevas estructuras subjetivas requieren un proceso de aculturación feminista que es una reflexión antropológica sobre una de las entretelas más importantes de nuestro tiempo: la transmisión de las concepciones, los valores, los conocimientos, las prácticas y la experiencia de las feministas en condiciones de hegemonismo patriarcal.”(Lagarde,2009:1).

Un cambio de paradigma cultural tanto para hombres como para mujeres resulta conflictivo debido a que las mujeres participan en minoría, ilegítimas y desautorizadas en la creación de un paradigma histórico deconstructivo a la vez que alternativo. La aculturación feminista

se sedimenta en la realidad de la cotidianidad individual y colectiva de mujeres y hombres, la que exige la construcción de un nuevo orden simbólico. “Implica fenómenos tan complejos como la resignificación subjetiva personal -intelectual y afectiva - y su implantación en la experiencia vivida, la elaboración teórico-política de la experiencia, la generación de conocimientos, la construcción de representaciones simbólicas, códigos y lenguajes propios, así como los mecanismos pedagógicos, de difusión y comunicación para transmitir descubrimientos y elaboraciones”. (Lagarde,2009:24).

Los procesos de aculturación feminista deben desterrar la misoginia de la cultura y la subjetividad de cada mujer como camino único para liberarse y para integrar una auténtica identidad, que permita valorarse a si misma, a las demás mujeres y a lo femenino. Sólo entonces es posible sentir cercanas a mujeres distantes en el tiempo o en el espacio y a su historia como mi historia. Concluir yo soy una mujer y considerar que el triunfo de una es el triunfo de todas

Autolimitación: Techo de cristal

El techo de cristal es una barrera invisible que limita el desarrollo de aquellas mujeres en un momento determinado en su desarrollo profesional, generalmente cuando están a punto de acceder a puestos de alta jerarquía en las organizaciones en las que trabajan, en este punto son pocas las que logran superar esta barrera, la mayoría optan, sin reconocerlo abiertamente y buscando pretextos para excusarse, el estancarse en su carrera profesional. Esa barrera invisible se presenta con dos tipos de obstáculos o limitaciones:

- a) *Las estructuras, sistemas, conductas o normas no escritas, existentes en organizaciones tradicionalmente dominadas por hombres.*
- b) *Las limitaciones profesionales que nos autoimponemos muchas mujeres a fin de conciliar el trabajo fuera del hogar con las responsabilidades familiares y el trabajo doméstico*

Si bien de naturaleza distinta, ambos obstáculos son invisibles ya que no existen leyes ni códigos visibles que impongan a las mujeres semejantes limitaciones

Actualmente aun enfrentamos factores culturales y estereotipos tradicionales que asignan a las mujeres tareas y responsabilidades familiares no equitativas entre mujeres y hombres,

pues en las primeras recae la carga principal, por ello muchas mujeres trabajadoras deciden limitar su dedicación a su actividad profesional a fin de no descuidar su presencia dentro del hogar y la familia. Por esta causa encontramos a muchas mujeres que participan en las organizaciones en puestos de tiempo parcial los cuales permiten no descuidar sus responsabilidades familiares, pero esto conlleva a que “haya menos mujeres promocionables pues es incompatible el trabajo a tiempo parcial con el trabajo de directivo de alto nivel”. (Albert López, 2008: 30)

Dentro de este “auto sabotaje” que ejercemos en contra de nosotras mismas esta el bloqueo personal ante los posibles obstáculos que se pueden presentar incluso antes de que se presenten. Anticipando las barreras que podríamos encontrar a nuestra promoción profesional decidimos abandonar la carrera por el ascenso, lo que con frecuencia se traduce en la toma de decisiones previas como invertir menos en nuestra formación profesional.

La autolimitación profesional por razones familiares afecta el desarrollo profesional de muchas de nosotras al renunciar a oportunidades de promoción con objeto de poder conciliar el trabajo fuera del hogar con el trabajo doméstico (no ascender pero tener un mejor horario, etc.)”(Albert López, 2008:33). Esto se debe a que “Las fuerzas sociales que enseñan a las mujeres, desde la infancia, a centrarse en las necesidades de los otros antes que en las suyas al tiempo que las ideas asumidas, como sociedad, acerca de lo que constituye un comportamiento apropiado para las mujeres puede actuar como una suerte de camisa de fuerza cuando una mujer quiere hacer valer sus propios intereses y deseos”. (Albert,2008 :36)

Curiosamente y como punto de reflexión se han realizado estudios entre mujeres que han conseguido romper este techo de cristal que incluso tuvieron que “desarrollar estilos de relación que hacían sentirse cómodos a los hombres”; un ejemplo “las mujeres exitosas habían tenido con frecuencia que aprender a jugar al golf y a hablar de deportes, pues los hombres plantean los temas que les interesan e inician negociaciones para ello con mucha más frecuencia que las mujeres”.(Albert,2008:36). Obligadas incluso a renunciar con ello a su propia identidad o adquiriendo una falsa a fin de poder alcanzar sus metas.

Los puntos antes mencionados nos dejan ver que no es un camino fácil el de las mujeres que logran traspasar este techo de cristal, y una vez alcanzado viene un nuevo tropiezo que

se desata cuando además de la rivalidad con el sexo opuesto enfrentan la rivalidad, envidias y descalificaciones de las mismas mujeres.

Rivalidad Femenina

La relación entre mujeres es más complicada que entre los hombres, debido a que solemos involucrar más los sentimientos personales, esto se convierte en un arma de dos filos; por un lado, se logra estrechar más las relaciones interpersonales; pero por otro lado, se presenta una mayor invasión en la vida privada, que lamentablemente en ocasiones involucra situaciones afectivas-emocionales que debieran mantenerse al margen de la esfera pública y laboral.

Esto genera curiosamente que un importante número de mujeres consideran a las propias mujeres como sus principales rivales. No ven en los hombres un peligro, sino a alguien de su propio género.

Ahora bien la rivalidad, la competencia y la envidia no son privativas de las mujeres, sino que envuelve a la sociedad completa y es propia del momento y condiciones actuales incluso se fomenta por las estructuras culturales vigentes.

Por ejemplo uno de los estímulos más frecuentes en la publicidad es la envidia. Las campañas publicitarias manejan en su estructura la estrategia de provocar nuestra envidia hacia los modelos que anuncian diversos productos a fin de ofrecernos el consumo como fórmula mágica para aliviarnos. Otras veces nos quieren vender el placer de ser envidiados por los demás.

Por otra parte la envidia laboral es estimulada dentro de las relaciones sociales de producción capitalista, particularmente en el ámbito fabril, donde el modelo tayloriano y fordista permea las relaciones sociales.

La competencia no es vista como un problema sino como un estímulo a la producción.

En este contexto ideológico los hombres primero y después las mujeres tuvieron que enfrentar la envidia a través de mecanismos que permitieran la convivencia y el trabajo colectivo. El mecanismo utilizado es tomar mayor distancia (afectiva) del compañero y racionalizar, como no es suficiente para desactivar los efectos nocivos de la envidia los

hombres utilizaron la relación corporal muscular, frecuentemente a través del juego y del deporte, para canalizar la agresión remanente.

El contexto social y cultural así como la percepción que se tiene de la mujer, juegan un papel importante en el grado de rivalidad. Por ello la rivalidad no presenta los mismos grados y características en las diferentes culturas y épocas. Respaldo este fenómeno encontramos que en las modernas sociedades occidentales la rivalidad es más evidente mientras en sociedades como las africanas o las musulmanas el nivel de rivalidad es mínimo.

Si cambiamos de época podemos encontrar patrones que expliquen lo anteriormente expresado. La primera división del trabajo en base a género debió lógicamente ser muy básica y lejana del alto grado de especialización de la actualidad. Las mujeres en una posición de igualdad realizaban actividades similares en espacios comunes, lo cual no significaba competencia y por ende no existía rivalidad. Pero poco a poco cuando la mujer fue ocupando nuevos espacios sociales, laborales y políticos, se fueron produciendo cambios en sus relaciones tanto con los hombres, como entre sus compañeras de género.

Con la especialización del trabajo, fruto de los cambios de la era moderna, en donde la mujer empezó a ganar espacios con una mayor proyección, se empezó a desarrollar una mayor rivalidad con otras mujeres debido a que son muy limitados los espacios lo que provoca una mayor competencia por sobresalir que la que se da entre los hombres. Esa competencia eventualmente se convierte en rivalidad conforme se amplían las actividades que podemos realizar, es decir se radicaliza la competencia por ser más reducido el margen de posibilidades de sobresalir de las mujeres en comparación con los hombres, que tienen un margen más amplio de actuación en prácticamente todos los ámbitos.

En esto las mujeres tuvieron que “padecer” un cambio que les implicaba mayor esfuerzo por apartarse más de su rol tradicional. Ser más agresivas, activas, competitivas, intrusivas, tomar mayor distancia emocional y racionalizar los sentimientos.

La diferencia entre los enfrentamientos está en que los hombres rivalizan de una manera más abierta, directa y a veces hasta agresiva, mientras que nosotras hemos aprendido a jugar en la liga del disimulo que manifestamos es conductas sutiles como son el: “Mentir, no contar toda la verdad, difundir falsos rumores, mostrar una inquietud excesiva por

conocer los planes de la otra...”. Carmen Alborch en su libro *Malas*, reflexiona sobre el porque ocultamos nuestros sentimientos de aversión y esto se debe a que “la ambición masculina siempre se ha considerado algo innato, como un sentimiento de supervivencia legítimo; y la femenina se percibe negativamente; nos pone a la altura de auténticas arpías”. Nuestros patrones de género, siempre presentes pero velados por la conciencia nos convencen de que hemos nacido para darnos a los demás, que debemos ser pasivas y buenas. En el ideal de la mujer abnegada de nuestra tradición cultural no caben las ambiciones ni las envidias. Si albergamos alguno de estos sentimientos nos convertimos en las malas de la película. Y esto es algo que sus compañeras de sexo no están dispuestas a perdonar. El problema subyace en que no sabemos mirarnos entre nosotras desde la igualdad, puesto que cada una nos comparamos y nos asignamos un valor en relación a las otras. Nos resulta más difícil que a ellos construir nuestra propia identidad sin establecer ciertos modelos a seguir.

Deberíamos observar eso que nos hace únicas, nuestra personalidad; necesitamos valorarnos y acrecentar nuestra autoestima, debido a que el desconfiar de de nuestro valor, provoca reflejarlo en los demás (comúnmente en otra mujer) y por ello desconfiamos de su valía.

“En la medida que las mujeres se valoran como sujetos de derechos, legitiman su accionar político y se apropian de los espacios públicos (...) se exponen a la mirada pública, lo que genera un cambio en los juicios negativos por parte de las otras mujeres [...] esto se debe a que las mujeres triunfadoras se encuentran lejos de “la Masa” con la cual se confundían, pero distan aún de tener la capacidad para establecer redes de alianza con otras mujeres en condiciones de individuación.” (Cortina,2006:184). Es decir aquellas mujeres que trasgreden los esquemas tradicionales del ser y hacer de las mujeres en muchos casos son consideradas por sus compañeras de género como “traidoras” trasgresoras de principios culturales que cuestionamos en lo público, pero que llevamos impresos indeleblemente en el inconsciente.

Cabe afirmar que en la medida en que las mujeres participamos en actividades o espacios de poder, la rivalidad, la envidia y la agresividad cobra fuerza. Muchas mujeres líderes manifiestan que algunas mujeres tienen una fuerte oposición a sus nombramientos, que

demuestran con la descalificación, la falta de solidaridad y de lealtad y con la defensa ciega de los hombres en la resolución de conflictos, sin valorar los éxitos y los aciertos de “la otra en cuestión” (Cortina, 2006:13)

La Envidia

Es la envidia la causa principal de esta rivalidad femenina, sin embargo es una emoción humana no privativa de las mujeres y que ha estado presente en todas las sociedades durante el desarrollo de la Humanidad. Aristóteles en su Libro II de la Retórica, hace un análisis sobre la envidia en donde establece los siguientes principios:

- Sentimos envidia hacia nuestros iguales; no con la idea de obtener algo sino porque otra gente lo tiene.
- Sentimos envidia, incluso si la fortuna está de nuestro lado, si pensamos que alguien toma algo que nos pertenece (celos).
- Envidiamos a nuestros rivales en el deporte o en el amor, en general, aquellos que hacen las mismas cosas que nosotros. No envidiamos a los que están muy por debajo o por arriba de nosotros.
- Los ambiciosos son más envidiosos que los que no lo son.
- Los hombres de mente pequeña son envidiosos porque todo les parece grande.

Cuando logra poseer el corazón de un individuo, transforma al otro en *él* y en ese momento su vida se orienta *contra él* con un solo objetivo: “Si yo no lo tengo, si yo no puedo, *él tampoco*”. En ese momento desaparece toda posibilidad de descubrir un *tú*. Más alegría causa en el envidioso la derrota ajena que su propio bien. Por eso la misma etimología, *invidere*, califica a los envidiosos de invidentes existenciales. La envidia es un complejo sentimental constituido por deseo y odio. Deseo del objeto, odio de no tenerlo. (Braunstein, 2001:).

El triunfo de una es el triunfo de todas

Todos seleccionamos modelos a seguir, siempre buscando que tengan algo en común con nosotros es decir afinidad a fin de podernos identificar con ellos. Tendemos entonces a imitar su conducta y reacciones que aprendemos de dicho modelo de tal forma que si consiguen imitar con éxito, se refuerza aún más nuestra conducta aprendida. Siguiendo esta lógica en la medida que las empresas contraten y otorguen puestos de decisión y dirección a

mujeres, todas las demás tendríamos un modelo de nuestro género en el cual reflejarnos y poder imitar. Es decir, si entre los trabajadores de las empresas se encuentran personas que son de su misma condición, las mujeres tendremos un incentivo a prepararnos para esos empleos, gracias a que al comprobar que una de nosotras con características similares son contratadas en el mercado laboral.

Afortunadamente hoy están en marcha nuevas formas de pensar y actuar, que promueven la empatía femenina como arma para lograr la auténtica liberación del lastre de prejuicios tanto internos como externos inculcados por la cultura tradicional. Las feministas italianas lo llaman *affidamento*, una práctica de lealtad, confianza y cuidado mutuo que nos permite sobrevivir en circunstancias desfavorables. El feminismo actual busca trazar una nueva cultura que como todo cambio radical no debe de empezar desde afuera sino dentro de nosotras mismas, pues al respetar nuestra identidad y diversidad nos acerquemos a nuestras compañeras de género y desarrollemos una cultura de sororidad: es decir la alianza profunda y compleja que une al género femenino. Todo esto implica compartir recursos, tareas, acciones, éxitos. La clave no es cómo nos queremos, sino que nos respetemos, algo difícil porque no estamos educadas en el respeto a las mujeres. La sororidad exige de nosotras revisar la propia misoginia.

Para que los sueños de las mujeres se puedan realizar es necesario aprender a creer en nosotras mismas. Área difícil porque ¿Cómo reconocernos, conocernos, escucharnos, apoyarnos y creer en nosotras mismas cuando fuimos programadas para creer en el otro, siempre masculino ¿Cómo recuperar un mínimo de credibilidad y de autoridad si nuestro imaginario quedó en el exilio durante milenios? ¿cómo desplazar la rivalidad que fue resultado de la ley del padre y construir en su lugar la sororidad o el *affidamento*?

La relación de la mujer con la otra mujer es lo no pensado de la cultura humana. Las relaciones entre mujeres es hoy día uno de los más bellos caminos y más grandes retos que estamos abriendo las mujeres para transformar el mundo. (Thomas, 2002:118)

Se requiere de las feministas realizar permanentes traducciones, acciones positivas, compensaciones y ajustes entre ellas; establecer mecanismos de confluencia y disidencia, para reconocerse, otorgarse autoridad; y asociarse y aliarse para lograr avances de género y porque reconocen un interés cultural común: contribuir en el desarrollo, el fortalecimiento y

la preservación de la cultura feminista. La autoridad es vivida como autoritarismo o discriminación por superioridad y, como se carece de experiencia de autoridad no autoritaria, la autoridad de las mujeres produce disminución en quien así se posiciona. Si algunas mujeres destacan o son reconocidas, eclipsan a las otras. En cambio, cuando se avanza en la aculturación feminista la autoridad de unas se traslada a las otras, unas pueden sentirse orgullosas de los logros de otras, hacerlos suyos y elevar la autoestima y conseguir la estima social de las mujeres.

Reconocerse en mujeres con autoridad conduce a la autoformación y al fortalecimiento de género de las mujeres y les permite empoderarse (cargarse de poderes de afirmación). En este paso, la autoridad sirve como protección, defensa y poder positivo a las mujeres para enfrentar el mundo, ocupar espacios, tomar la palabra, establecer condiciones, negociar, acceder a recursos y oportunidades.

Bibliografía

AGUADO VÁZQUEZ, José Carlos (2004) “Cuerpo humano e imagen corporal. Notas para una antropología de la corporeidad” México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, Facultad de Medicina, Universidad Nacional Autónoma de México.

ALBERT LÓPEZ-IBOR, Rocío (2008) “Análisis de la presencia de las mujeres en los puestos directivos de las empresas madrileñas”, España, Biblioteca Nueva Consejo Económico y Social, Comunidad de Madrid

ARISTÓTELES (1990) “Retórica”. Madrid, Biblioteca Clásica Gredos.

BRAUNSTEIN, Néstor (2001) “El falo como S.O.S. (significante, órgano, semblante). *Por el camino de Freud*”, México, Ed. Siglo XXI.

BARRAZA, Vania, (2010) “(In)subordinadas, raza, clase y filiación en la narrativa de mujeres latinoamericanas”, Colombia Edit RiL editores

[CORTINA](#), Regina, [STROMQUIST](#), Nelli (2006), “Promoviendo la educación de mujeres y niñas en América Latina, México , Editorial Pax

ESCOBAR MELO, Hugo(2006) “Saber, sujeto y sociedad”, Colombia, Edit Pontificia Universidad Javeriana.

SOLER, Fernando (2009) “La Envidia”, México, Acontecimiento

THOMAS, Florence (2002) “¿Y entonces que es lo que quieren las mujeres?”, Colombia , Universidad del Norte Barranquilla.

TOMMASI, Wanda (2002) “ Filósofos y mujeres”, Madrid, Edit Narcea.

Paginas web

http://3.bp.blogspot.com/_xW3mrMQRpZQ/S3LjkGbyyOI/AAAAAAAAA9E/IjpVRNpGhSk/s1600-h/decorar-sala-comedor.jpg, recuperado el 5 de febrero de 2011

http://www.novarevista.com/psicoego/Rivalidad_Entre_Mujeres_2.html, recuperado el 5 de febrero de 2011

<http://incidejoven.org/wp-content/uploads/2010/08/Aculturaci%C3%B3n-feminista.pdf>
Lagarde, aculturación feminista, recuperado el 9 de febrero de 2011

<http://generoconclase.blogspot.com/2009/05/aculturacion-feminista.html>, recuperado el 9 de febrero de 2011